

—Bien, dijo al fin, me encargo de los preparativos del viaje; esos muchachos necesitan dinero, es preciso que vayan bien equipados, me intereso por su suerte.

—Ellos están sumamente inquietos y disgustados con su situación.

—No faltan motivos, hija mía. Nos veremos dentro de una hora.

VII.

Don Alfonso salió, las dos amigas se contemplaron un instante y se estrecharon como dos flores al soplo de una ráfaga de viento.

—Leo en tus ojos la historia de tu corazón, Clara mía estás contrariada de una manera terrible, porque hay veces que te sientes humillada ¿no es cierto?

—Sí es verdad pero mi corazón se subleva y este amor está por encima de todo, ¡es un amor desgraciado! Yo conozco que hay algo de fatal en este sentimiento; pero no lo puedo maldecir, me falta el aliento.

—En mala hora se fijaron tus ojos en ese hombre.

—¿Tú también?

—Perdóname, yo no debo afligirte; pero del fondo de mi alma se levanta una voz que me dice, que tú no serás feliz: cuando considero que puedes ser arrebatada de tu país por un extranjero y allá en tierras extrañas ser presa de un desengaño, entonces lloro por tí, lloro porque te amo con todo mi corazón!

Clara no podía hablar, su voz estaba embargada por el llanto.

VIII

Dieron las siete en el reloj de San Cosme.

Pocos minutos después, el ómnibus de la carrera de Atzacapozaleo se detuvo frente á la casa.

Dos individuos subieron al carruaje, que pasó por la garita y se perdió entre la calzada de árboles que forman su derrotero.

Cuando Don Alfonso y las dos amigas entraron en el aposento, los prisioneros habían desaparecido.

En el platillo del candelero estaba un billete de despedida, lleno de ternura y gratitud hacia aquellas almas nobles que los habían abrigado durante la época terrible de su proscripción!

CAPITULO DECIMOQUINTO.

EL TERRORISMO.

I.

Hacia mucho tiempo que el Consejo de Estado y el ministerio, habían sometido á la aprobación de Maximiliano un decreto terrible, una sentencia de muerte para los republicanos, una declaración impía en que se filiaba á los defensores de la independencia entre los asesinos y los bandidos.

La segunda insurrección recibía el legado de los hombres de 810; á esos se les llamó también con ese infamante epíteto, y se fulminaron contra ellos iguales anatemas.

La historia como siempre á venido á confundir á los calumniadores, y coronar de laurel y siempre viva las frentes de los mártires y defensores de la libertad.

Maximiliano se había reservado el examen del decreto y aplazado la discusión.

La víspera de ese memorable día, estaba el emperador en su despacho leyendo los artículos de ese fatal proyecto.

Parecía hondamente preocupado.

Sobre el bufete estaban los pliegos de la correspondencia europea, que el emperador había leído varias ocasiones.

Contenía las notas de los Estados Unidos dirigidas al ministro de relaciones de Napoleón III.

El pueblo de la Unión americana se manifestaba decididamente en contra del imperio, y pedía á su gobierno interviniese de una manera directa en los negocios de México.

Como en la gran República la voluntad de los gobernantes es el reflejo de la voluntad nacional; la situación tomaba un carácter alarmante, que inquietaba seriamente, no sólo á Maximiliano sino al gobierno francés.

La oposición en las cámaras tomaba aliento, y profetizaba el desenlace más funesto á los autores del atentado intervencionista.

Julio Favre y el gran orador legitimista Mr. Thiers, veían como á la luz del sol el fin trágico de la aventura monárquica.

Comprendían que su país sufriría más tarde el anatema del mundo entero, y que su pabellón saldría cubierto de vergüenza de las puertas del Nuevo Mundo.

El sueño había acabado y la realidad se presentaba bajo las bases sombrías de un desengaño.

Maximiliano era una hoja movida al soplo europeo.

¡Sin voluntad propia, sin hombres, sin recursos, delante de un volcán próximo á su erupción!

El reconocimiento de la España y la Inglaterra le servían tanto como el del Gran Sultán,

Las naciones signatarias de la Convención de Londres, protestaban delante de la Unión vencedora, que la Francia había falseado el pensamiento, y que ellas condenaban la monarquía en México.

Se lavaban las manos como Poncio Pilato.

El ejército expedicionario se ocupaba simplemente en hacer su agosto

Los buques de guerra salían de los puertos de Francia cargados de mercancías, que entraban á México sin pago de derechos, haciendo el contrabando más escandaloso, todo bajo la sombra del pabellón francés.

En la capital se estableció un elegante almacén, "Los Precios de Francia," que se decía públicamente que el socio principal era el mariscal Aquiles Bazaine, comandante en jefe de la expedición!

II.

Sonaban las diez en el reloj de Palacio.

Maximiliano guardó el decreto presentado por el Consejo, bajo la carpeta, y su vista se fijó en la puerta de entrada.

Un chambelán anunció:

—S. E. el mariscal Bazaine.

—Que pase.

El mariscal se presentó de riguroso uniforme con la banda encarnada de la gran cruz de la Legión de Honor y sobre su pecho la placa y multitud de condecoraciones.

—Tengo el honor de ofrecerme á las órdenes de V. M.

—S. E. el mariscal tendrá la bondad de leer esa correspondencia, dijo el emperador indicando asiento á Bazaine.

—Con el permiso de V. M. me entero de esta nota, y pasó su vista por el pliego, como si no hubiese recibido por el mismo paquete la copia de la comunicación que estaba leyendo.

Luego que hubo terminado puso el pliego sobre el bufete.

—Las órdenes, dijo, de S. M. Napoleón III son leyes para mí; V. M. puede arreglar como mejor le parezca este negocio.

S. E. conoce bien la diplomacia, y no lo extrañará por lo tanto el giro que debemos dar á la cosa pública. La tempestad se presenta formidable por el lado del Norte, y esto nos hace apresurar el término de la revolución. Vuestras armas vencedoras recorren el país sin obstáculo alguno.

—V. M. me permitirá le haga una ligera observación: los obstáculos se hacen á un lado, y cuando han pasado nuestros cañones, vuelven á interponerse; la revolución continúa con más vigor que nunca; el territorio es inmenso y sesenta mil hombres no lo pueden cubrir; este es un elemento terrible que aplazará por muchos años la pacificación del país.

—S. E. comprende como yo todas las dificultades de la campaña; pero hoy se tratan dos puntos cardinales de esta cuestión, el primero es moral, el segundo material y de simple organización.

—He recibido copia en que el augusto hermano de V. M. se compromete á enviar un cuerpo de ejército formado de voluntarios austriacos y belgas.

—Es un negocio completamente arreglado.

—Más tarde tendré el honor de presentar á la aprobación de S. M. una adición conveniente en extremo para la organización del ejército que debe sostener el trono, porque V. M. sabe que el ministerio de las Tullerías opta por la *retirada* de nuestro pabellón.

Maximiliano recibió con serenidad el golpe y dejando aparentemente desapercibida la observación del mariscal, continuó:

—La revolución está sostenida porque conserva aún una bandera.

—Es la opinión de S. M. Napoleón III.

—Es necesario arrebatársela de sus manos.

El mariscal inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—He creído, en vista del éxito de la operaciones militares, que es de todo punto necesaria, la declaración de que el imperio cese de considerar á los republicanos como *beligerantes*.

—Eso dice precisamente la nota de S. M. Napoleón III.

—Los reduzco á bandas de ladrones, negándoles el principio político y con él las garantías del derecho de gentes.

—Me permitirá V. M. haga una observación á la nota reservada de las Tullerías, y á la respetable opinión de V. M.?

—Es una conferencia en la que S. E. el mariscal puede hablar con entera libertad y franqueza.

—El emperador de los franceses, pagando un tributo á la fragilidad humana, adelanta en su alta sabiduría los acontecimientos, porque juzga de ellos á gran distancia.

Esto era mucho avanzar en un individuo que comprendía

perfectamente que á la primera frase de desaprobación sería destituido de todos sus cargos.

El emperador creyó en la sinceridad del mariscal, sin prever que la Francia diría mas tarde que por conducto del comandante en jefe de su expedición, se había opuesto abiertamente á la declaración sangrienta del imperio.

---Continuad, dijo Maximiliano.

---Aunque no es tiempo, dijo Bazaine, me parece prematuro el decreto, antes que el presidente Juárez haya abandonado el territorio nacional. Tal es el momento oportuno para dar el golpe de gracia á la revolución republicana.

El emperador sacó de entre los papeles un despacho y lo mostró al mariscal, que como hemos dicho, tenía copia de la correspondencia de Maximiliano.

---Sabe S. E. dijo el emperador antes de que leyese el mariscal, que no debemos poner en olvido este despacho: "El señor general Brincourt ha entrado á Chihuahua, después de haber obligado á huir á Juárez á Paso del Norte y dispersado á la fuerza enemiga, que le abandonó 25 piezas de artillería.

"El General Brincourt ocupa á Río Florido, Parral y Santa Rosalía con guarniciones respetables."

El mariscal leyó la comunicación y dijo al emperador:

---El bien de este país, que es el sólo pensamiento del gobierno francés, me obliga á abedecer este mandato en todas sus partes, es una cuestión de redacción. Al comunicar á V. M. la ocupación de Chihuahua ~~daré~~ *daré la noticia de la salida de Juárez del territorio mexicano.*

---Después de ese parte publicaremos el decreto á que he hecho referencia.

---Mi edad me faculta para daros un consejo, si V. M. me lo permite.

---Ya escucho á S. E.

---No firmeis sólo ese decreto, ponedlo en cabeza del Consejo de Estado y del ministerio: la nación debe hallar bajo esa ley nombres de mexicanos; se creería que el extranjero condena á muerte al conquistado.

El emperador saludó al mariscal, éste se inclinó profundamente y salió del despacho.

III.

Maximiliano convocó á su consejo, y una hora después consejeros y ministros firmaban el decreto memorable que vió con asombro el mundo civilizado.

Los periódicos de la tarde publicaron un parte del mariscal Bazaine, en que anunciaba la salida del presidente Juárez del territorio de la República.

Al día siguiente, 3 de Octubre de 865, el *Diario del Imperio* traía en sus columnas la siguiente proclama que servía de introducción al decreto:

Mexicanos:

"La causa que con tanto valor y constancia sostuvo Don Benito Juárez, ha sucumbido ya, no sólo á la voluntad nacional, sino ante la misma ley que este caudillo invocaba en apoyo de sus títulos. Hoy hasta la bandera en que degeneró dicha causa, ha quedado abandonada por la salida de su jefe del territorio patrio.

El gobierno nacional fué por largo tiempo indulgente, y ha prodigado su clemencia, para dejar á los extraviados, á los que no conocían los derechos, la posibilidad de unirse á la mayoría de la nación y colocarse nuevamente en el camino del deber.

Logró su intento: los hombres honrados se han agrupado bajo su bandera y aceptado los principios justos y liberales que norman su política.

Sólo mantienen el desórden algunos jefes descarriados por pasiones que no son patrióticas, y con ellos la gente desmoralizada que no está á la altura de los principios políticos, y la soldadesca sin freno que queda siempre como último y triste vestigio de las guerras civiles.

De hoy en adelante la lucha sólo será entre los hombres honrados de la nación, y las gavillas de criminales y bandoleros.

Cesa ya la indulgencia, que sólo aprovecharía al despotismo de las bandas, á los que incendian los pueblos, á los que roban y á los que asesinan ciudadanos pacíficos, míseros ancianos y mujeres indefensas.

El gobierno, fuerte en su poder, será desde hoy inflexible para el castigo, puesto que así lo demandan los fueros de la civilización, los derechos de la humanidad y las exigencias de la moral.

México, Octubre 3 de 1865.—*Maximiliano.*"

IV.

No se había publicado el edicto imperial en el interior del país, y las leyes no surten su efecto hasta que oficialmente se hacen saber á los ciudadanos.

La mayor parte de los revolucionarios ignoraba el decreto del 3 de Octubre, bien que esto no alteraba en nada su situación, pues sólo faltaba la letra, puesto que donde se les tomaba prisioneros se les asesinaba.

Esto se lo decimos á aquellos que encontraron legal la terrible hecatombe de Uruápam apoyada en una ley no publicada.

El valiente General Arteaga era el jefe del ejército republicano y se encontraba en Uruápam en compañía de Salazar y Riva Palacio; éste opinaba por librar una batalla al imperio en aquellos campos.

Arteaga no se creyó seguro para sostener un combate desconfiando de sus elementos, y se decidió á concentrarse en la sierra á dar otra organización á sus fuerzas.

Riva Palacio se dirigió á marchas dobles sobre la capital de Michoacán para entretener al enemigo, mientras Arteaga y Salazar se replegaban.

Méndez llegaba á la sazón con una fuerza numerosa á las inmediaciones de Uruápam.

Arteaga caminó violentamente tres días hasta llegar á las montañas de Santa Ana Amatlán.

Méndez les seguía de cerca.

Los republicanos no habían probado en su correría más que algunas yerbas y ya estaban muertos de hambre y de fatiga.

Arteaga mandó dar de comer á su tropa, ordenando que matasen algunas reses.

Estaban en esta operación, dormidos los jefes y la mayor parte de los oficiales, mientras la tropa preparaba el rancho y daba agua á la caballada, cuando inesperadamente se hallaron atacados por una parte de la caballería imperialista, causándoles una sorpresa indefinible y apoderándose en el acto de la persona del General Arteaga y sus compañeros.

V.

El emperador recibió el siguiente parte del jefe de la expedición:

Santa Ana Amatlán.

Octubre 13 de 1865.

Hoy á las dos y media he batido, sorprendiéndolo al disidente Arteaga, que se titula general en jefe del ejército del centro. El, Salazar, todos sus coroneles y la mayor parte de sus oficiales y tropa son mis prisioneros; su armamento, pertrechos de guerra y caballada están en mi poder.

Felicito, etc. "*Ramón Méndez.*"

Los prisioneros fueron conducidos á Uruápam.

El general Arteaga había luchado como un héroe en Michoacán, y su derrota provocó un justo sentimiento en las clases todas de la sociedad.

Inmediatamente salió un extraordinario para México, solicitando el indulto de aquel valiente y denodado caudillo á quien la legislatura había declarado por sus méritos, ciudadano del Estado de Michoacán.

Una comisión se presentó en el palacio solicitando audiencia de la emperatriz, para que ésta sirviese de empeño en aquella situación angustiosa.

VI.

Nuestras jóvenes amigas estaban de guardia en ese día en que la comisión se acercó á las puertas de la cámara imperial.

No había orden de recibir, no obstante, Clara que era atrevida se presentó á Carlota de Austria, y la dijo: "Señora, V. M. es la madre de los mexicanos, una horrible desgracia ha acontecido, la sangre va á correr sobre un cadalso sin vuestra intercepción."

—¡Inbéciles! dijo Carlota en su lengua natal, se les libra de sus asesinos é interceden por ellos cuando les tienen en su poder. ¿Y bien? preguntó con altanería á su dama de honor adoptando la lengua española.

—Se solicita de V. M. que reciba una comisión.

—Decidles que yo no puedo hacer nada en contra de una ley que acaba de publicarse, que el emperador y yo, seremos los primeros en acatar siempre las disposiciones que aseguran la paz y el porvenir de nuestra nación.

Clara iba á aventurar una nueva súplica, pero un gesto de soberbia indicó á la joven que no había esperanza.

Clara salió llorando de la cámara de la emperatriz.

—Señores, dijo á los individuos de la comisión, decid á las personas que os envían, que no es posible conseguir el perdón. S. M. el emperador no se dejará ver, culi ad sólo al destino.

La comisión se retiró llena de indignación.

Hacia algunos meses que Riva Palacio había hecho prisioneros á multitud de soldados belgas en la toma de Tacámbaro, y á todos les perdonó la vida contra la voluntad de su tropa que pedía á voces venganza.

VII

Al día siguiente un parte telegráfico anunció que los generales Arteaga y Salazar, los jefes Villagómez y Díaz, y un sacerdote que andaba con el ejército republicano, habían sido pasados por las armas en el pueblo de Uruápam.

Arteaga fué conducido al suplicio en una camilla; no podía andar á consecuencia de haber recibido una herida en las cumbres de Acultzingo, una herida conchada en el campo de batalla, defendiendo á la patria contra la invasión francesa!

¿Y eran mexicanos los que codujeron á aquel patricio al cadalso?

Cain, ¿qué has hecho de tu hermano?

VIII

Como el Moctezuma II que había visto el labrador veinte años antes de la conquista y á quien aplicó el cauterio en el muslo para que despertase de su letargo de deleites, porque se acercaba la ruina de su imperio, dormía Maximiliano entre el incienso del poder y la mira de la adulación, cuando lo despertó el ruido de la victoria de Richmond y la voz de Napoleón III anunciándole la salida de las tropas expedicionarias.

Levantóse terrible el usurpador, quiso ahogar la revolución republicana en un solo día y expidió la sentencia inexorable de muerte ó exterminio.

Los sicarios del imperio celebraron sus Vísperas Sicilianas aún en los pueblos más miserables del territorio.

No hubo misericordia, los defensores de la república quedaron diezmados; pero la revolución se levantó más terrible y amenazante, juró venganza ante el cadalso de Arteaga, absorbió el vapor de sangre, midió el abismo y se lanzó terrible como el rayo en esa lucha desigual del pueblo con la fuerza armada, ¡sostén de la usurpación y de la tiranía!

CAPITULO DECIMOSEXTO.

LA SOMBRA.

I.

Era la hora del crepúsculo, la cámara de Carlota de Austria se envolvía en las primeras sombras de la noche.

La joven emperatriz abismada en sus pensamientos había contemplado la muerte del sol desde los balcones de su aposento.

El astro se había sumergido lentamente en la tumba del ocaso, y sus postreros reflejos hacían destacar las montañas que circundan con un garboso contorno el bellissimo valle de México.

El viento producía un murmullo sombrío en los viejos sabinos de Chapultepec.

La noche se acercaba majestuosa con su séquito inmenso de estrellas.

El horizonte tenía aún celajes color de fuego que se desvanecían al soplo del aire.

Una vaga melancolía se derramaba en aquel espíritu exaltado.

Los ojos de Carlota se cerraron dulcemente y comenzó el sopor del sueño.

Luego que el letargo se hubo posesionado de los miembros de aquel cuerpo indolente, las visiones aparecieron en el mundo de la realidad.

Las últimas nubes que había visto la emperatriz, comenzaron á tomar forma, convirtiéndose en espectros sobre un mar de sangre.

¡Las manos descarnadas salieron de entre los sudarios y vueltas al cielo pedían venganza y misericordia!

Los silbidos del viento se convirtieron en quejidos que atravesaban la atmósfera en ecos de dolor y desesperación.

Los espectros avanzaban sobre el horizonte á los impulsos del aura de la noche, y descendían hasta penetrar en la cámara imperial.

Sus frentes chorreaban sangre, sus labios palpitantes pedían venganza en sus convulsiones.

Rasgáronse los sudarios y mostraron el seno acribillado por las balas que destilaba sangre, que manaba espumosa y ardiente por las heridas.

¡Venganza, venganza! repetían los espectros; y su aliento, helado como el aire de los volcanes, pasaba con un frío de muerte por el semblante de Carlota de Austria.

La joven se oprimía dolorosamente el corazón víctima de aquella horrorosa pesadilla.

Los espectros se desvanecían lentamente fijando sus órbitas ensangrentadas en la mirada sombría de la emperatriz.

Hubo un momento de silencio; después resonó el acento de una voz conocida de Carlota.

Era la del rey Leopoldo.

—¡Hija! ¡hija mía! ¡no puedo llegar hasta tí, hay un mar de sangre que circunda tu trozo.....¡infeliz de tí! ¡infeliz de tí!.....

—¡Padre, padre! gritaba sollozando la desgraciada princesa, perdóname, perdóname!

—Esa palabra, continuaba la voz, no ha sonado en tus labios, ¡tú no eres mi hija!

—¡Padre! gritó en un esfuerzo supremo la joven y despertó sobresaltada, llamó violentamente y dos camaristas pusieron luces en el aposento.

Carlota, estaba pálida, sombría, su mirada extraviada buscaba algo en los rincones del aposento.

II.

—Señora, dijo una dama, hay una persona que pide permiso para hablar con S. M.

La princesa respondió maquinalmente.

—Que pase.

Una joven enlutada y en cuyo semblante se dejaban ver las señales indelebles del sufrimiento y el dolor, penetró en el aposento y se arrodilló, delante de la emperatriz derramando un mar de lágrimas.

—Señora dijo en lengua inglesa, vos podeis devolverme el tesoro de mi vida.

—Alzad, señora os escucho con interés; si venís à hablar-me de algún prisionero sentenciado al patíbulo, contad desde luego con el perdón, lo he ofrecido y cumpliré mi promesa.

—No es el cadalso al que le disputo una víctima, es á V. M. misma.

—Descubríos, señora, dijo con altanería la emperatriz.

Alzóse la enlutada, y descorrido el espeso velo que cubría su rostro, se irguió delante de la archiduquesa.

Era la señora Iturbide, á quien le habían arrebatado á su hijo para hacerlo príncipe imperial, condenándolo á separarse y olvidar á la que le debía el ser.

—¿Qué queréis de mí, señora? dijo Carlota á la joven americana.

—¡Que me devolváis á mi hijo! he logrado escaparme del lado de mi esposo, de ese hombre sin corazón que ha vendido á su hijo por un puñado miserable de oro.

—Un consejo de familia celebrado ante el emperador ha decidido de la suerte de ese niño.

—Es una determinación impía, nadie tiene derecho de desgarrarme las entrañas.....perdone á mi aflicción V. M., miradme á vuestros piés, dadme por compasión un asilo en vuestro palacio; no, es mucho, permitidme que viva en la ciudad, para ver al menos á ese hijo de mi corazón!

Carlota de Austria que no ha sido nunca madre, no comprendía la dolorosa situación de la joven.

—Nada puedo hacer por vos, partid à vuestra patria, la suerte del príncipe está hecha en el porvenir; si el cielo me niega la sucesión, él ocupará más tarde el trono de su abuelo el emperador.

—Es verdad, debo mucho á V. M., pero ¿por qué separarlo de mi lado? ¿por qué privarlo de mis caricias, por qué engendrar en él un sentimiento de desprecio y olvido? si él es mi sangre, ¿por qué renegar de ella? ¡esto es infame!

—¡Esta mujer está loca! dijo con desprecio la emperatriz y tiró tan fuertemente de la campanilla, que la desprendió del telégrafo.

Entraron las damas y los chambelanes de la servidumbre.

—Llevad á esa mujer, ha perdido el juicio, haced que vuelva á su carruaje y que salga inmediatamente para su destino.

La joven Iturbide abrazó las rodillas de la emperatriz deshaciéndose en llanto.

—Perdón! decía, perdón! yo seré vuestra esclava pero no me mateis, el destierro es la agonía para mi corazón; volvedme á mi hijo, permitid al menos que lo bese por última vez.

—Basta! dijo la emperatriz deshaciéndose de la americana que la tenía asida, llevadla!

Dos chambelanes apartaron á la joven, que cayó desmayada en el pavimento.

III.

La emperatriz se dirigió violentamente á las habitaciones de Maximiliano.

El desgraciado monarca tenía en sus manos un despacho en que se le comunicaba que Riva Palacio había penetrado en la plaza de Morelia, de donde se había llevado á la guarnición belga que había sorprendido.

Tenía noticias de que los republicanos habían recobrado á Uruápan y ocupado Tacámbaro y otras poblaciones, donde entraban llenos de rabia por el fusilamiento del general Arteaga y sus compañeros.

—No, decía, la sangre no hará más que precipitar mi caída: de la tumba de Arteaga se ha levantado más poderoso el aliento revolucionario, los odios se amontonan y la venganza reclama su hora al próximo triunfo.....Ya han pasado algunos años y las sombras ensangrentadas de la Lombardía cruzan delante de mis ojos como un sueño horrible!.....Saludan al imperio, los toques de agonía y la salva de la muerte me despierta en las primeras horas de la mañana.....

¡Todo se conjura en contra mía!.....Sólo una flor ha brotado en el desierto de mi vida; el amor de esa pobre criatura; á quien no puedo darle ni mi nombre.....¡Oh! cuanto la siento reclinarse sobre mi pecho, soy tan feliz! La amo con idolatría!..... ¡Gran Dios! ¿qué va á ser de ella cuando se despierte del engaño en que ha vivido durante el tiempo de nuestros amores, cuando ella tan buena y tan virtuosa se encuentre presa de una ironía terrible del destino!

IV

El emperador escondió su rostro entre las manos, como quien se halla presa de un hondo sufrimiento.

La puerta del salón se abrió con estrépito y Carlota apareció pálida y demudada.

—El acceso otra vez! exclamó Maximiliano.

—Me asesinan! ampárame!

—Ven á mi lado, nada temas!

—Esa mujer me amenazaba con la muerte.

—¿Qué mujer? preguntó asustado el emperador temiendo que su esposa hubiera sorprendido los amores del marido infiel.

—Me sigue, continuó extraviada la emperatriz, me pide á su hijo: devuélveselo, es una madre que reclama á su hijo!.....

—¡Vuelve en tí, Carlota, estás conmigo, nadie se atrevería á levantar los ojos delante de tí yo soy, concóme al fin!.....

El acceso había pasado, la joven princesa estuvo algunos instantes en silencio, se apartó el cabello de la frente, volvió la vista tranquila en derredor y pareció sosegar de todo.

—He soñado cosas horribles, dijo al fin, la excitación nerviosa que me produjo esa escena dolorosa, me ha hecho sufrir horriblemente.

—Habla, Carlota.

—La señora Iturbide se ha fugado del camino y se ha presentado de improviso en mi cámara pidiéndome á su hijo, al príncipe imperial.

V.

Maximiliano tocó el resorte de la campana y un chambelán se presentó.

—Inmediatamente que salga de México la señora Iturbide, reencárgnese á las autoridades del tránsito hasta que sea puesta á bordo del "Paquete."

El chambelán salió.

—Estaba reservado á la hija del rey Leopoldo ser insultada por una mujer, dijo dolorosamente la emperatriz.

—Sí, Carlota, tú no debías haberla recibido.

—No puedo imaginar que su audacia llegara á violar los acurdos del consejo de familia. Fernando, yo necesito salir algún tiempo de esta atmósfera, me ahogo, la política acabará por trastornar mi cerebro; envíame al mar, su vista y el aire libre reanimarán mi espíritu; este palacio me es fatal.

—¿Donde irías, Carlota?

—No lo sé, la muerte de esos republicanos me ha impresionado hondamente; yo sé que su sangre es necesaria para asegurar el imperio y nuestra propia existencia; ¡pero esos patíbulos me son siniestros!.....¿Recuerdas en la Lombardía?

—¡Calla, por Dios! yo también tengo delante esos fantasma sangrientos, ¡página triste de un acaloramienro que maldigo!

El remordimiento llegaba al fin á tocar aquellos corazones gastados en el fatalismo de la política europea.

Quedaron mudos, silenciosos, agobiados por ese vértigo de memorias terribles, fantasmagoría del cerebro á la luz de un arrepentimiento tardío.

—Sí, dijo la emperatriz interrumpiendo aquel lúgubre silencio, yo lo quiero y partiré.

—Hay en tu voluntad algo inflexible que yo no puedo dominar. Las contrariedades me rodean, tú misma me lanzas á una situación difícil que yo no puedo afrontar. Hace algunos días que he hecho públicamente que era una calumnia de mis enemigos el propagar la noticia de tu viaje á Europa. Tu salida del país desalentará á los defensores del imperio.

—Pues bien, dijo la orgullosa Carlota de Austria, señalando el mapa de México: hay un lugar en el confín del territorio que termina en el Cabo Catoche. Invitaré al cuerpo diplomático para que me acompañe en el viaje.

—Vas á atravesar la zona del vómito.

—¿Qué importa?

—Bien, dijo resueltamente el emperador; partirás á Yucatán.



VI.

El 20 de Noviembre á las nueve y veintiún minutos de la mañana, el "Tabasco" que encendía sus calderas desde la madrugada levantó anclas llevando á bordo á S. M. la emperatriz, haciendo rumbo á la península de Yucatán.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.



TERCERA PARTE

Un trono sobre un monte de oro

CAPITULO PRIMERO.

EL PRIMER SINTOMA.

I.

Desde la horrible hecatombe de Uruápan, la revolución se había levantado poderosa. Herida en su corazón por la muerte de sus valientes hijos, aceptó por completo un duelo á muerte, sin misericordia.....era necesario jugar el todo por el todo!

La crisis europea soplaba el fuego revolucionario, ya nadie desconfiaba de un éxito, cuyos primeros vislumbres llegaban de donde cuatro años antes surgía la tormenta intervencionista.

El ensayo monárquico había abortado, sólo los intereses altamente comprometidos sostenían una situación que se derrumbaba al soplo omnipotente de una nación en sus esfuerzos heroicos por salvar su independencia.

La crisis era terrible, las tinieblas se habían disipado, y todas las esperanzas se desvanecieron como los celajes de la tarde al viento de la noche.

El coloso americano había tirado su guante sobre la arena del mundo y desafiaba á la Europa entera.